

TABLÓN DE BREVEDADES / TEXTO, DIBUJOS Y COLLAGES: DE ASENSIO SÁEZ



que hubo tiempo hasta para la alabanza de los lavabos del Casino y en la que se escamoteó la alusión al Festival Nacional del Cante de las Minas, a la sazón en su XXXIX convocatoria, acontecimiento artístico considerado el primero en su género, cuyas jornadas asoman a Murcia al mundo cada verano? Vamos a ver, ¿por qué?



I
■ Empujan los primeros calores. Con ellos toma cuerpo la siesta, tan legítima que el señor bien educado, que todavía lo hay, mira dudoso su reloj antes de decidirse a llamar a un teléfono en el horario comprendido entre las tres y las cinco de la tarde, horas por lo visto dedicadas a dormir la siesta, castizo y confortador verbo donde los haya. Sin embargo, a gentes conocemos las cuales se niegan a aceptar el placer de la siesta. «¿Quién, yo dormir la siesta? Pues más bien no. Si acaso, sólo unas cabezadas frente al televisor. De ahí no paso».

Existen efectivamente, quienes se resisten a estimar el sueño de la tarde, es decir, la siesta, en lo que de verdad es: una institución nacional, mirada siempre, eso sí, con ciertos recelos, estimación que de lejos viene, pues ya Pemán, cuando el escritor gaditano estaba de moda, aseguraba que la siesta española presentaba algo de trampa y disimulo, aseverando: «España mantiene su siesta como un señor formal mantiene una amiga: con azoro de ilegitimidad».

De cualquier modo, guste más o guste menos, quienes del tema vienen a salir maestros aseguran que sana y hasta necesaria resulta la decisión de dormir una ligera siesta, como de hecho, aunque públicamente no guste confesarlo, tantos vienen haciendo, echándola de menos sí, por cualquier circunstancia, no se ha podido llevar aquella a cabo. Gentes ha habido en estos días pasados, antecedentes de las elecciones municipales, que no habiendo podido dormir a la hora prevista la siesta en su casa, la han dormido luego en un mitin. El tema da para más. Otro día seguimos.

II
■ ¿Por qué ese silencio sepulcral, tachando el nombre el nombre de La Unión, el pasado domingo en el espectáculo televisivo, «escaparate promocional de la región» muy bien llamado, en el que fueron exaltados pueblos y más pueblos murcianos, a la vez que sus fiestas y celebraciones, larga retransmisión —cuatro horas— en la

III
■ Sospechoso pollo belga ante el que la mujer le solicitó amorosamente al marido, dudoso éste en llevarse el menor bocado a la boca:
 —Come, cariño. ¿Sería tan romántico que murieras a la par que yo!

IV
■ Si un día, al afeitarnos, no nos vemos en la luna del espejo, una de dos razones pueden andar por medio: o que nuestro espejo ande en deterioro de azogues o que uno ya haya dejado de existir.



V
■ Esa adelfa reventando de blancos o bermellones, tema dilecto de algunos pintores —García y Rodríguez, ayer; Pedro Cano, hoy, valga el par de ejemplos—, engalanando las márgenes de muchos caminos, aguardando, tenaz, la dádiva de la lluvia que no llega!

VI
■ Bodegón de Murcia. Pimentón. Todo un símbolo de la gastronomía murciana. De la ñora, el pimentón. Antes que modernos hornos sustituyeran los naturales oreos, al sol, ayer, el pimentón. Al aire, sus brasas encendidas, sus coloradas sangres; tierra en lacres ardida la huerta toda.

VII
 El minicuento semanal
MILONGA DEL PAYADOR
OBDULIO

■ Nunca super la razón que le había llevado un día a cambiar, todavía joven, su estancia en Argentina, su cuna, por piso en mi barrio.

Al modo de nuestros troveros de la tierra, Obdulio el payador inventaba, verso tras verso, quintillas y redondillas a favor de bodas y bautizos, onomásticas y hasta fallecimientos de postín. De eso vivía o al menos ayudaba económicamente a la familia, más bien familión: esposa metida en carnes, suegros, cuñadas al frente de una modesta peluquería de señoras, en el bajo de la vivienda situada...

Atraído yo por los ecos de su popularidad y aficionado al tema de la trovería, pronto conté con la amistad del payador,

así asistiendo al nacimiento de muchas de sus canciones, por Obdulio nombradas milongas, tantas veces interrumpidas por la mujer, solicitando la compostura de la lavadora, de una plancha, de un grifo... De las cuñadas, las tres maquilladas en exceso —labios cerezones, repintados ojos, grandes como boinas—, no sé por qué me daba el pálpito que la menor andaba así como engolosinada por el payador.

Un tanto liberado Obdulio de muchas plepas familiares por la compra de un coche de segunda mano, le acompañé en varias ocasiones a diversos viajes, su guitarra siempre en mano y en la boca la milonga de turno.

En busca de su liberación artística debió ser, de uno de esos viajes Obdulio no regresó jamás al pueblo, y ya nunca se supo más del payador.

Transcurridos muchos años, en un todavía reciente viaje a Madrid, vine yo a tropezármelo en una boca del Metro, guitarra en mano, interpretando una de sus milongas. Plagiando descaradamente a Lope me dijo:

—No hay oro en la tierra para comprar la libertad que yo he obtenido gratis.

Comimos juntos y con vistas a mi regreso al pueblo me pidió:

—Tú no me has visto. Nada dije a la familia.



Nada dije a la familia. Precisamente hace unos escasos días saludé en la calle a la cuñada menor. Suspirando, puso el nombre de Obdulio, como un fruto maduro, en su repintada boca:

—Ya ve usted, sin saber nada del Obdulio a estas alturas...

Y enseguida:

—Mire usted, servidora, por mi parte, todos los años, llegada su onomástica, viene encargándole una misa a su favor. Si vive el Obdulio, para que Dios le eche una mano; si muerto, para que lo tenga en su santa gloria y allí nos espere a todos largos años; cuantos más, mejor.

VIII
■ Cuando nuestra botella de vino alcance su mitad, hay que beberse el resto enseguida, antes de que el pesado optimista de turno venga a recordarnos la felicidad que nos supone contar todavía con la media botella llena.

IX
■ No hace muchos días, el señor obeso leyó en la prensa que en el uso y abuso de los aperitivos —sabrosos chipirones, sonrosadas anchoas, cocidas gambas, champiñones al ajillo, doradas croquetas, etc.—, venía a recaer la culpabilidad de su malhadada gordura.

Temeroso en verdad pasó de largo por bares y cafeterías, vistas y no vistas desde fuera las tentadoras y adorables barras. Vencida de este modo la total distancia que separaba su oficina de su domicilio, antes de penetrar en éste, se dijo satisfecho: «¡Victoria! He logrado pasar de largo por todos los apetitosos establecimientos sin entrar en ninguno. ¡Esto hay que festejarlo!». Y para celebrar su hazaña volvió sobre sus propios pasos, solicitando triunfalmente en el primer bar a la mano: «¡A ver, una de calamares y otra de olivicas rellenas de anchoas, amén de un doble de cerveza!».

X
■ Karaoke
patronal.

Señorita disponiéndose a participar en el karaoke de las fiestas patronales de su pueblo.

